

El valor de una sonrisa

Sorprende, o cuando menos resulta llamativo, cómo la relación entre profesor-alumno sigue manifestando un claro legado poco didáctico y muy militarista difícil de eliminar. Parece ser que los “tiempos de obligación” no sólo son inherentes a la docencia si no que mantienen rango de prioridad. Gran parte de la clase se dedica a mantener cuestiones de orden, obligaciones o mandatos, como si esa fuese la única manera para que los alumnos **aprendan a aprender**, deuteroprendizaje que dicen los más entendidos.

La comunicación dentro de un aula siempre ha tenido como una de sus características la jerarquía de mandato que va más allá de la diferencia de roles. Se asume, por mucho que modelos de profesorado contradigan, que la relación dominio-sumisión es fundamental en el estatus docente para gestionar correctamente la clase y evitar posibles vaivenes sonrojantes. Sin excesivos esfuerzos memorísticos podemos recordar la rectitud (entendida como intimidación) con que se planteaba la enseñanza hace menos años de los que creemos.

¿Cuándo ha sido la última vez que hemos permitido una risa espontánea en nuestras clases?... La sonrisa, ese bien tan escaso como necesario, sigue adormecida en los curriculum latentes de la mayoría de profesores y profesoras. La risa, a no ser que tenga un control estricto y predeterminado por el maestro, es tabú en las aulas. Rara vez se utiliza como estimulante pedagógico, con el buen tratamiento que resultaría contra la desgana y la monotonía que pueden instalarse en las clases. ¿Por qué los educadores nos sentimos intimidados ante la risa o el humor? ¿Es el miedo a perder la autoridad y que surja el caos?.

No malinterpretemos ni confundamos la necesidad de que en las aulas haya momentos, programados o no, en los que tenga cabida el humor, con la promulgación y exaltación de una pedagogía circense, payasil, que nos haga llegar al otro extremo de lo pretendido.

El humor es un estupendo reconstituyente en el aula para poder comprender los errores que todos cometemos, saber reírse de uno mismo y respetar a los demás. Hay que educar con lo que se es y no con lo que se manda hacer, proverbio pedagógico...

En las escuelas, profesores y alumnos, deben contar con tiempos de humor y sonrisas para aprender a tomarse la labor con un poco menos de dramatismo y a la vez ser capaces de lograr un ambiente acogedor en el que exista predisposición para comunicarse. En una profesión donde el stress, el agotamiento y la frustración resultan comunes, no olvidemos que la docencia ocupa un lugar “privilegiado” en el ranking de bajas laborales por estas causas, es preciso relativizar objetivos y revisar metodologías.

Con una pizca de humor y cucharadas de sonrisas, todo bien dosificado, estaríamos más cerca de lograr el objetivo: conseguir una receta útil y eficaz para enseñar a aprender. ■